

BX1930

198

26

v. 8



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS ECLESIASTICOS.



Tip. de N. Parga. - D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berrueco.

TOM. VIII.

GUADALAJARA, ENERO 8 DE 1895.

NUM. 1.

A NUESTROS SUSCRITORES.

Con el año que acaba de pasar queda terminado el séptimo tomo de la "Colección de Documentos Eclesiásticos," pero confiadamente esperamos que no terminará la benevolencia de nuestros suscritores, sino que seguirá favoreciendo esta publicación. Hoy comenzamos el tomo octavo, y continuaremos en él la división, de las tres secciones, según el antiguo programa; si bien algunas veces se omitirá una ó dos, ó por falta de materias ó por dar lugar de preferencia á otras de mas importancia y actualidad. Seguirá dándose el folletín como hasta aquí; y así como hemos publicado varias óbitas y opúsculos que nos ha parecido serán muy oportunos á los Sres Eclesiásticos, del mismo modo procuraremos en lo sucesivo reeditar lo que mas llene las condiciones de ciencia é ilustración en la época actual.

Antes de comenzar nuestras nuevas tareas, rendimos á Dios Nuestro Señor las mas humildes acciones de gracias por la proteccion y auxilio con que nos ha favorecido hasta aquí; y le suplicamos nos los siga impartiendo en lo de adelante.

LOS EDITORES.

Sección I.

S. C. de Ritos.

Dudas relativas á la consagración de Altares é Iglesias.

Rmus. Dnus. Antonius Andreziewiez episcopus titul. Philomelien., suffraganeus Gnesnen., sacrorum Rituum Congregationi insequentia dubia pro opportuna solutione humillime subiecit, nimirum:

Dubium I. In aliquot ecclesiis ipsius diocesanos altaria majora seu fixa consecrata fuere, quorum mensa seu integra tabula lapidea nulla ex parte conjungitur structuræ lateritiæ inferiori. Quæritur an ejusmodi altarium consecratio fuerit valida?

Dubium II. In quadam ecclesia consecratur altare fixum majus, cujus mensa erat ex lapide adeo fragili, ut in actu consecrationis quarta ejus pars sit abrupta et divisa. Tum cæremoniæ omnes reliquæ perfectæ sunt, et unctiones in quatur angulis potioris partis, conjunctim cum stipite. Quæritur num valide altare consecratum fuerit?

Dubium III. Quando in consecrationibus ecclesiarum, quæ fiunt diebus dominicis, episcopus consecrator, ipsum eundem diem assignat ad anniversarium

004436

Este pequeño triunfo envalentonó á los revoltosos, que en breves minutos ascendieron á algunos centenares de los que de todas las calles desembocaban en la plaza, y pusieron sitio al Real Palacio, tratando de abrir las puertas por medio del fuego que á ellas aplicaron.

A ese fin amontonaron junto á ellas petates, pez, yesca, carrizos de que entonces estaban formadas las barracas y bodegones que había frente al edificio, y basura de los grandes montones esparcidos por toda la plaza; y como á las seis de la tarde empezaron á arder las puertas de Palacio y las de la cárcel, de los oficios de Provincias, de las casas de Cabildo, los cajones del que despues fué Parian y la horca que estaba cerca de la esquina de Flamencos.

El ruido del tumulto fué en aumento y se esparció por toda la ciudad, causando un estupor y un espanto profundos, pues no acostumbrados sus pacíficos habitantes á tales motines ó *bolos*, como hoy se dice, lo creyeron más formidable y hasta temieron que acabara con sus vidas; y un cronista, lleno de terror, escribía: "corrió la noche por cuenta de los indios que nos concedieron la vida de merced á todos, pues ninguno solicitó más defensa que la suya, encerrándose en su casa cada uno, retirándose á los conventos las justicias."

Queriendo calmar los ánimos, el Arzobispo salió con toda pompa de su palacio y llegó hasta los portales de Provincia, mas sea que los indios no lo conocieran ó que los tuviera ciegos la rabia, lo cierto es que las pedradas continuaron, derribando una de ellas al sota-cochero, por lo que Su Ilustrísima resolvió retirarse, persuadido además por algunos clérigos y parte buena de la plebe.

La guardia de palacio se defendía muy flojamente desde la azotea, cargando sus armas únicamente con pólvora para espantar al pueblo; visto esto por los indios, empezaron á injuriar y á gritar insolencias á los soldados en mexicana-

no y en español, consiguiendo enfurecer á algunos y que disparasen algunos tiros con bala, con lo que la multitud se exaltó más. Mas viendo que el incendio avanzaba, el capitán mandó á su tropa que lo ayudase á poner en salvo sus muebles y las alhajas y piezas de los Virreyes, que sacaron por un portillo abierto frente al Arzobispado.

Esta retirada que más pareció fuga y que costó el destierro al Capitán D. Pedro Manuel, acabó de envalentonar á los amotinados; franqueada la puerta de Palacio, el populacho penetró á él saqueando y destruyéndolo todo, pero principalmente las habitaciones del Virrey; el fuego consumió además de esa parte del edificio y de los archivos, la sala de la audiencia, el oficio de cámara, hasta la sala del Real acuerdo y otra sala llamada la Armería; además, destruyó las casas de cabildo, y los archivos de su secretaría y contaduría, no pereciendo todos debido al empeño y diligencias del sábio mexicano D. Carlos de Sigüenza y Góngora, que en unión de varios amigos denodados llegó á la plaza y viendo que no podía subir á la Casa municipal por la escalera á causa de haber principiado el incendio por la parte baja, escaló y forzó los balcones y ventanas y salvó muchos libros y documentos preciosos: se quemaron además los doscientos ochenta cajones de madera que había en la plaza (1) para la venta de géneros, los oficios de la Audiencia de abajo, la entrada de una alhondiga, los coches y mulas del Corregidor D. Juan Villavicencio, y la cárcel de corte, de donde se escaparon los presos.

—¡Viva el rey y muera el mal gobierno!, era el grito de los amotinados por toda la Ciudad, cuyos pacíficos habitantes se encerraron en sus casas.

El tumulto hubiérase convertido en una verdadera revolución, pues todas las autoridades estaban escondidas en los

(1) Desde entonces les viene el nombre de cajones á las tiendas de ropa.

conventos, si el Dr. D. Manuel de Escalante y Mendoza, Abad de San Pedro y tesorero de Catedral, no hubiera tenido la feliz idea de sacar del Sagrario al Santísimo Sacramento y sin más compañía que un religioso, dos clérigos y tres monacillos se dirigió al incendio de Palacio; pero viendo cuan irreparable era su ruina retrocedió hácia la cruz de piedra del Seminario. Siguióle ya gran parte del vulgo con grandes muestras de respeto y comenzó á exhortarlo para que se aquietase y no cometiera mas desmanes, logrando hacer que se apagase el fuego que había empesado á prender en la puerta principal de las casas del Marqués del Valle; hizo otro tanto con unos edificios de la hoy calle de las Escaleras donde vivía el alférez real Cumplido, del Portal de los Mercaderes y con la Casa de Moneda.

Ahí recibió el Santísimo el Provisor, que á su turno recorrió diversas calles, en tanto que el Bachiller Don Nicolas de Rojas predicaba en mexicano á los indios, "pues no se veía una cara blanca; ni una luz por devoción en los balcones" como se acostumbraba. Avisadas algunos religiones, salieron los Mercedarios y los Jesuitas en procesión, aunque éstos recibieron algunas pedradas no dirigidas á ellos sino á varios seculares mezclados entre ellos y con las espadas desnudas; con esto se aquietó el tumulto en breve rato, retirándose los indios, despues de haber saqueado el Palacio, el Ayuntamiento, los cajones y algunos edificios de la plaza.

Pasado el alboroto se presentaron en ella el Conde de Santiago y algunos caballeros para reconocer los daños causados, y á poco rato el capitán Deza con seis ú ocho hombres; pero ya no hallaron á quién castigar.

El Virrey entre tanto había entrado á la Iglesia de San Francisco mandando atrancar bien las puertas; y aunque con diversos estratagemas muchos pretendieron entrar, á nadie se le abrió; contentándose los indios con lanzar gritos y vociferaciones y con amenazar quemar las puertas y

llegar hasta donde estaba el conde de Galve y su esposa, que llenos de terror lo escuchaban todo; mas no realizaron sus amenazas. Cuando supo que todo estaba quieto, mandó á los panaderos bajo grave pena que amasasen pan para el otro día y que se buscara maíz para que entrara á la Alhóndiga.

Al siguiente día y despues de bando al efecto, se reunieron el Arzobispo, oidores, caballeros, nobles y doscientos jinetes, que fueron á San Francisco por el Virrey y lo condujeron en triunfo á los gritos de ¡viva el rey y el conde de Galve, por San Francisco, Plateros y todas las Plazas hasta la casa del Marqués del Valle donde se alojó.

En seguida se mandaron armar varias compañías de blancos, negros y mulatos; se previno que los indios fueran tusados y arrojados de la Ciudad; se echaron bandos unos peores que otros, contrarios y perjudiciales á la paz, con lo que se consiguió que bajara el maíz y trigo "que no faltaba si no que los habían ocultado algunos acaparadores; se prohibió la venta del pulque, no obstante que por alcabala producía en la Ciudad más de cien mil pesos, por que á el se le atribuía el tumulto.

Algunas providencias causaron profundo disgusto y hasta apareció un pasquin en la plaza que decía: "*Representase la famosa comedia: Peor está que estaba*" En otro, pegado en las ruinas del Palacio se leía: "*Este corral se alquila para gallos de la tierra y gallinas de Castilla.*" Despues se averiguó que los pegaron unos criollos.

Tambien se prohibió el baratillo en la plaza mayor; no se repicó en la octava del Corpus, ni salió procesión, ni hubo adornos; se suprimieron los toques de oración, ánimas y queda y nadie se atrevía á salir, pues á cada momento se daban falsas alarmas propagando que toda la indiada ya sublevada entraba á la ciudad; con todo esto México presentaba un aspecto desolado.

Veinte ó treinta fueron ahorcados,

muchos aprisionados y paulatinamente se restableció la tranquilidad.

En Tlaxcala los indios se sublevaron y quemaron las casas reales; en Guadalajara los estudiantes apedrearon á los oidores y en todo el reino se notaron señales de descontento y agitación.

IV

Mientras estos sucesos tenían lugar, la carestía iba en aumento, la sequía no terminaba y el tabardillo y el sarampión hacían terribles estragos.

Se hicieron novenarios y solemnes funciones á la Virgen de los Remedios; se declaró patrón contra la peste á San Juan Capistrano; se anatematizó á los acaparadores y se tomaron cuantas providencias se estimaron oportunas para combatir la hambre y la peste; pero en vano, estos males fueron en aumento y en el siguiente año de 1693 se vieron escenas verdaderamente horribles.

Llegó á faltar en la ciudad la leña, el carbon y los comestibles todos de primera necesidad: una gallina valía siete reales, la libra de carne seis reales ó un peso, los panaderos iban á dar frecuentemente á la cárcel porque no amasaban; y aunque con toda diligencia se buscaban las semillas ocultas, apenas se encontraron escasas existencias.

Aldeas enteras perecieron, otras se despoblaron y sus habitantes se fueron á las montañas á alimentarse con yerbas y raíces silvestres. Tan calamitosos fueron aquellos tiempos que la gente hacía penitencia públicamente y atribuía todos los males á sus pecados. "Las causas de este estrago se discurrir ser nuestras culpas que quizo Dios castigar, Dios nos mire con ojos de misericordia!" escribía lleno de resignación un Cronista de la época.

Hasta ya muy adelantado el año de 1693 comenzó á mitigarse el hambre con la cosecha regular que se alzó; pero no fué sino hasta el de 1695 cuando los efectos de más cosumo volvieron á tener

sus precios normales y cesaron los terribles efectos del año del hambre.

En cuanto al motin, los resultados fueron si se quiere menores; desde entonces se aumentó la prevención contra los indios y empezaron los meztizos y criollos á ser vistos con inquietud, pues no obstante que ninguna parte tuvieron en el principio del alboroto, tomaron después algún participio, y el pasquín que dejaron en los muros del incendiado palacio era tan significativo, que á su autor le costó la vida.

Por lo que toca á las pérdidas materiales, con facilidad se repararon. La obra del Palacio se comenzó en Febrero de 1696, y acaso como castigo, la corte de Madrid dispuso que durante un año se quitase á los ministros de la Audiencia parte de su salario y se aplicase á la reedificación, que quedó terminada en muy pocos años, como puede verse en la inscripción que está arriba de la puerta principal.

El Ayuntamiento y los demás edificios tambien fueron reformados en breve tiempo; y de entónces acá datan, con excepción de la Catedral [aun no terminada] casi todos los edificios que encuadran á la plaza de armas de la ciudad de México.

ALEJANDRO VILLASEÑOR.



Defunción.

El día 10 del pasado falleció en Guadalajara el Sr. Pro. D. Manuel Rodríguez, Celador de Catedral.

R. I. P.

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIÁSTICOS.

Tip. de N. Parga.-D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berrueco.

TOM. VIII.

GUADALAJARA, ENERO 22 DE 1895.

NUM. 2.

Sección I.

CARTA

De Su Santidad

AL

CARDENAL OREGLIA.

Proteccion á los estudios arqueológicos.

A Nuestro Venerable hermano Luis Oreglia, Cardenal de la Santa Iglesia romana, Obispo de Oporto y de Santa Rufina, protector de la Academia Pontificia de Arqueología.

Con dolor de todos los sabios y con nuestro gran pesar tambien, Nos hemos visto desaparecer en el intervalo de algunos meses, arrebatados por una muerte inesperada, hombres eminentes por su saber, cuyo renombre habia agrandado la consagración de Naciones extranjeras. Estos son: Hilario Alibrandi, Carlos Luis Visconti y Juan Bautista de Rosi, los tres que se habian distinguido en la ciencia arqueológica.

Al deplorar con su pérdida la desaparición de una de las glorias más brillantes de Roma, Nos tememos tambien que la averiguación de antigüedades ha su-

frido algun golpe. Desde el comienzo de nuestro Pontificado, Nos hemos tenido cuidado de proteger y procurar el progreso de los altos estudios, segun la práctica constante de nuestros antecesores. Y aunque Nos concedemos preferencia á las ciencias que iluminan y fortalecen la religión, sin embargo, Nos no hemos dejado de conceder nuestro auxilio á las otras que contribuyen al desarrollo de la civilización humana. Y entre ellas, Nos hemos comprendido los estudios que tienen por objeto indagar é ilustrar la antigüedad.

Merced á ellos, en efecto, los sucesos del pasado y las acciones de antecesores, reviven de algun modo y reaparecen á la vista. Cuanto á lo que concierne á la antigüedad sagrada, resulta á todos de alguna utilidad, puesto que ha servido para la composición de la historia del Cristianismo y á la defensa de los dogmas de la Iglesia, contra los ataques de los temerarios. Es por esta razón por la que Nos hemos demostrado siempre una particular benevolencia á la Sociedad de los sabios anticuarios de Roma, y Nos no hemos descuidado nada con tal de que conservase su antiguo esplendor y no dejase de acrecentar su importancia y consideración.

Es Nuestro deseo de que dicha Sociedad no pierda nada de su esplendor, sino que por el contrario, lo aumente; y para darle al mismo tiempo un testimonio de

Dedicationis recolendum, quæritur an dominica illa, quæ, ex gr. erit aliqua post Pascha, vel post Pentecosten, assignari possit pro die mensis in quam incidit dominica peractæ consecrationis?

Et sacra eadem Congregatio.... ita propositis dubiis rescribendum censuit, videlicet:

Ad primum: *Affirmative*. Indulget autem Rmo episcopo, de speciali gratia, ut altari jam consecrato addantur stipites lapidei atque unctiones præscriptæ in angulis private iterentur ut mensa cum iisdem stipitibus jungatur.

Ad secundum: *Negative*.

Ad tertium: *Affirmative*.

Atque ita rescripsit et indulsit, die 8 junii 1894.—CAJ, Card. ALOISI-MASELLA, S. R. C. *Praefectus*.—Vincentius Nussi, *Secretarius*.

SECCION III.---VARIEDADES.

EL AÑO DEL HAMBRE

EN MEXICO.

1693.

Malo y lleno de calamidades fué el año de 1691 para los habitantes de la pacífica y extensa colonia de Nueva España: terremotos, tempestades, guerras, el eclipse, la abundancia de lluvias, el chahuixtle, heladas; y como complemento de todo esto la carestía de semillas y de efectos de primera necesidad; que fué la primera causa de la hambre general que acompañada de episodios horribles, se dejó sentir en todo el reino el año de 1693, cuyo año se designa por la historia con el nombre de AÑO DEL HAMBRE.

Gobernaba á la sazón en México como Virrey y Capitan General el Exce-

lentísimo Sr. D. Gaspar de la Cerda Sandoval, Conde de Galve y era Arzobispo el Ilmo. Dr. D. Francisco de Aguilar y Seijas; en España reinaba Carlos II, último monarca de la casa de Austria, á quien se designa con el título de *El Hechizado*, á causa de la escasez de sus dotes físicas y morales; y el cual apenas un año ántes se habia casado con Doña María Ana de Baviera y Neuburg, Condesa Palatina del Rhin.

De Su Magestad Católica, no obstante el dictado nada lisonjero con que lo designa la historia, no tenian motivo alguno de queja sus fieles súbditos de estas Indias, pues sus reales órdenes y sus leyes demuestran palpablemente cuánto se interesaba por la suerte de ellas; el Arzobispo era considerado como de carácter duro por motivo á un incidente que ocurrió entre él y el insigne sábio Don Carlos de Sigüenza y Góngora; pero en general, Su Señoría era apreciado y respetado y en cuanto al Virrey se le tenía por de carácter agrio, arrebatado y enojadizo, demostrando lo acreedor que era á estos calificativos el altercado que tuvo en Palacio con el Lic. D. Diego de Esquivel por asunto baladí, y que dió por resultado que el Licenciado fuera enviado á la Cárcel de Corte. Este genio de Su Excelencia le enaginé en gran parte las simpatías del pueblo, y fué causa de que estuviera á punto de pasarla muy mal en el motin de que más adelante damos razón.

Mas sigamos el relato de los acontecimientos de ese año de 1691, dando á conocer los sucesos desgraciados.

La flota que venía de España con azogue, mercedes y correspondencia, sufrió una recia tempestad y algunas de las naves que la componían se perdieron; el 29 de Enero hubo fuego en la iglesia de Jesús Nazareno, y aunque sólo dos altares fueron consumidos por las llamas, el templo todo corrió mucho riesgo; el 12 de Marzo á las ocho de la mañana, tembló por un espacio de tiempo mayor que "dos credos;" las noticias que trajo la flota

fueron malas, pues en esos días estaba España en guerra con el francés; pero de todas estas calamidades, las mayores fueron las tempranas, y abundantes heladas que fueron causa de que se perdieran las cosechas, y la abundancia de lluvias.

El miércoles 9 de Mayo de ese año, durante la noche, cayó un fuerte aguacero acompañado de granizo en la montaña de la Sierra de las Cruces y Monte Alto, que acabó con las siembras de trigo y maiz de la parte del Poniente de la ciudad, desde Cuautitlan hasta Huisquiácan; como consecuencia de la lluvia el Rio de los Remedios creció considerablemente y durante todo el trayecto inundó terrenos, arrancó sementeras y ocasionó muchos otros males; del Molino de Manuel Martínez se llevó unos batanes y destruyó parte del edificio; de otros molinos tambien se llevó el trigo, y por último, las desgracias personales que ocasionó no fueron pocas.

Desde ese día continuaron las lluvias casi sin interrupción; el 29 llovió todo el día, no obstante lo cual no se suspendieron las fiestas por el matrimonio del rey, que habían dado principio el mismo día 9 con la máscara seria que salió de la casa del famoso Duende Don Fernando de Valenzuela, el cual ya había regresado de su destierro en Filipinas. Los días 28 y 29 hubo toros y cañas en la Plaza del Volador; y los principales señores de la Corte como Don Francisco Goñe de Peralta, el conde de Santiago, dueño de la Hacienda de Atenco, y otros, torearon muy bien, sufriendo no obstante el conde un soberano porrazo que le propinó uno de los bichos.

El lunes 11 de Junio empezó á llover de tal manera que el 13, víspera de la festividad de Corpus Christi, día en que ocurrió un nuevo temblor llamado de San Antonio, no cesaba aun de llover. Como con tanta agua las calles estaban llenas de lodo y algunas inundadas, se consultó con el Virrey sobre si sería conveniente que saliera la procesión á otro día; el de Galve respondió que se siguie-

ra la costumbre de otros años pues no queria que en su tiempo hubiera novedades en nada.

En consecuencia, "salió la procesion como es costumbre, y volvió á las doce dadas, yendo en ella el Arzobispo. Toda la tarde y noche llovió.

Los días siguientes llovió con tal abundancia, que en todos los templos se tocó á plegaria para que cesara el agua, y el 21 octava de Corpus, la procesión fué solo dentro de Catedral, á causa del lodo, y además, porque el Arzobispo y el Virrey estaban enfermos.

En el mes de Julio la alarma fué en aumento y la gente asustadiza estaba llena de temor, pues creía que las estaciones del año se habían invertido.

Pero cuando el temor llegó á su colmo fue el 23 de Agosto, porque se creyó que era el fin del mundo, á causa del eclipse total que ocurrió á eso de las nueve de la mañana; pues se eclipsó el sol de tal manera, que "quedó obscuro como á media noche, porque aparecieron las estrellas y cantaron los gallos"

Con tan extraordinario suceso, la gente toda, y sobre todo las señoras encabezadas por la Virreina, para impetrar la misericordia divina, hicieron un solemne novenario á la Virgen de los Remedios en su Santuario, al que regalaron una lampara y unos ornamentos por valor de treinta mil pesos.

Con la pérdida de las cosechas que fué total en la Colonia, y con los caminos intransitables por las lluvias, se empezó á sentir la carestía de algunos artículos: el trigo llegó á valer 24 pesos carga y algunos días como, el 13 y el 14 de Septiembre, se careció en México de pan por haberse negado los panaderos á amasar El Virrey, que en esos días se había ido á los Remedios con las autoridades y caballeros, de vuelta de las obras del desagüe de Huehuetoca, volvió violentamente el 14 á la ciudad para remediar la escasez, y el día siguiente hizo que el corregidor embargase á los acaparadores Hurtado y Huerta toda la harina que tenían guarda-

da y que se llevara á la Alhondiga, con lo que ya hubo pan y se conjuró la carestía; al mismo tiempo ordenó que se hicieran pesquisas para buscar todo el trigo y maíz que hubiera oculto, y que lo que se encontrase se adjudicase al abasto de las poblaciones, ó en buenos términos, que se confiscase.

Pero el mal no estaba del todo conjurado, pues las pocas sementeras que habian escapado del agua y del granizo, se vieron atacadas desde algunos días despues del eclipse, por una plaga que se llamó *chahuitle* y que era un gusano que las corroía de raíz, y en breves días acababa con ellas. "De que se originó la carestía de bastimentos y de ella hambre y mortandad de gente en toda Nueva España, y duró hasta mucha parte del año siguiente, en que llegaron á dar siete onzas de pan por medio real, y despues hubo días que no se halló pan en toda la Ciudad," dice un cronista de aquella época.

II

Bajo tan tristes auspicios comenzó el año de 1692.

Desde luego se vió que no solo el maíz y el trigo andaban escasos, pues el jueves 3 de Enero no hubo carne en el Rastro, á consecuencia de la gran mortandad del ganado de las cercanías y de que el del interior no llegaba por estar los caminos impracticables por las lluvias.

El miércoles 22 subió el vino á siete reales el cuartillo, y despues siguió subiendo por haber capturado el enemigo dos navíos de Campeche que traían vino de Jerez por valor de cien mil pesos.

El 9 de Marzo se leyó un edicto por el que se prevenía que las sagradas formas no las hicieran los indios sino los sacristanes, y que de todas las Iglesias se acudiese por ellas al Hospital de Jesús Nazareno, lo que se hizo por temor de que aquellos mizturaran la harina de trigo con otra, por la carestía.

El virrey envió á los alcaldes de Corte á Chalco y á otras personas á Atlixco, Toluca, Celaya, etc., para que enviasen á Mexico todo el maíz y trigo que encontrasen, y los mensajeros "enviaron mucho, pero no el suficiente, por lo que, y á fin de hacer la guerra á los especuladores, se dispuso que desde el primero de Enero se obligara á cuatro panaderos á proveer al pueblo con 80 canastas diarias de pan de peso de 8 onzas para expendirse en la plaza.

Pero ninguna de las providencias que se dictaban daba ya resultado: los panaderos obligados dieron el abasto por muy poco tiempo; en público se empezó á murmurar que las semillas mandadas traer de fuera habian sido guardadas por el virrey y algunos otros personajes principales de la corte para especular con la miseria pública, con lo que las murmuraciones y el descontento fueron creciendo; habiendo dado licencia el conde de Galve despues de consultarlo con el asesor D. Gaspar de Sandoval, de que se publicara una obra del Dr. D. Ambrosio de Lima y Escalante donde se probaba que el trigo *blanquillo* (*áraga ó escanda*) no era perjudicial para la salud como pretendían los médicos; y permitiendo la siembra de ese grano, la gente se burló de esas disposiciones, diciéndose que comiéndose el libro matarían el hambre ó que recogerían la cosecha despues de haber muerto de necesidad.

Cierto es que el Arzobispo y muchos ricos abrieron sus graneros y gastaron gruesas sumas en remediar los males de la clase menesterosa; pero esto era solo un paliativo que no curaba de raíz el mal.

Para hacer mayor el descontento, contribuyó poderosamente el siguiente incidente: el lunes de Pascua, 7 de Abril, predicó en la Catedral el padre Fr. Antonio de Escaray, del orden de San Francisco, estando presente el virrey, Audiencia, y tribunales; el asunto de su sermón versó sobre la falta de bastimentos y lanzó algunos cargos enérgicos á las au-

toridades, "con tanta imprudencia" dice escandalizado un historiador, "qué esto contribuyó en mucha parte para irritar al pueblo, de suerte que, si ántes se hablaba de esta materia con recato, desde entonces se empezó á hacer con publicidad, atribuyéndose las diligencias que hacía el virrey para proveer de bastimentos á la Ciudad, á interés y utilidad suya; aplaudiendo al predicador.

En los primeros días de Abril, cayeron fuertes aguaceros que impidieron la procesion del Santo Entierro, que tenía lugar el Viérnes Santo, y que salía de Catedral á Santo Domingo; pero pasados estos, apenas cayeron ligeras lloviznas, por lo que en 20 de Mayo empezaron á hacerse rogativas en todas las iglesias por la falta de agua, y para que cesara la peste que con los nombres de *cocolixtle* y *tabardillo* se había desarrollado; y el 24 trajeron á la Virgen de los Remedios en su coche los virreyes, y el provisor. Cayeron despues de esto tres aguaceros que algo mitigaron la epidemia del tifo que se cebaba en los habitantes y llegó entretanto el día 5 de Junio, día de Corpus Christi que ofreció, como única novedad, la de que estando enferma la virreina, la procesion pasó por Palacio para que desde el balcon la viera su Excelencia, acompañada de sus damas.

III

Llegó el domingo ocho de Junio, infra octava de Corpus: la exasperación y el descontento de los moradores pobres de la Capital y de sus alrededores, habian llegado á su colmo, pues el maíz, cuando lo había, tenía un valor de diez y ocho y veinte pesos carga; la miseria en los pueblos cercanos era grande, y familias enteras perecían de necesidad; las semillas que se repartían en la Alhondiga eran escasas y además los abastecedores trataban á los numerosos indios, mulatos, mestizos y demás castas, que en número de algunos miles se reunían diariamente allí, con bastante dureza y hasta crueldad;

por otra parte, las voces que corrian de que los ricos tenían ocultas grandes cantidades de granos, habian producido su efecto y estas causas sostenian entre los indios que eran los que más sufrían por ser el maíz su único alimento, un estado tal de irritación que bastaba un incidente cualquiera para que estallara la indignación popular, como sucedió ese día.

El Conde de Galve, en unión de las principales autoridades, habiase ido á la festividad de la infra-octava al Convento de Santo Domingo, y terminada ésta, pasó al de San Francisco; el Arzobispo estaba en su palacio, y en el de los Virreyes sólo estaban el capitán de la guardia, el alférez, nueve soldados que componían toda la guardia del edificio y algunos criados y criadas.

A eso de las cuatro de la tarde se cerraron las puertas de la Alhondiga por haberse acabado el maíz, y grandes grupos de indios, llenos de disgusto, por no alcanzar ración, se dispersaron por toda la ciudad; uno más numeroso, se dirigió al Arzobispado, llevando sobre unos petates el cadáver de una india muerta á palos por un mulato y un mestizo, abastecedores; como los familiares no quisieron recibirlo, se dirigió á la residencia virreinal, donde tambien se le negó la entrada por estar ausentes los Virreyes.

Entónces el grupo se dividió llevándose los parientes á la difunta al barrio de San Francisco Tepito, y empezaron los que se quedaron á tirar piedras al Palacio; el alférez Peralta, queriendo imponer á los alborotadores, salió armado con espada y rodela en unión de sus nueve hombres para disolverlos, rechazándolos hasta el atrio de Catedral; pero allí, reforzados los indios por otros, en número de más de doscientos que de improviso acudieron, quitaron á Peralta la rodela y le obligaron á refugiarse en Palacio, despues de haberle matado dos soldados. El capitán Antonio Flores, que más muerto que vivo contemplaba el tumulto, no encontró más modo de salvación que mandar cerrar las puertas del edificio.